

PALABRAS MARINO GÓMEZ SANABY.

Veinte años han transcurrido entre la publicación de mi primer libro y este V volumen de la Colección "Pintores Asturianos". Lo que ha pasado desde la primera etapa hasta ahora mismo tiene una motivación sustancial, claramente perceptible en mi oriundez astur y con más concreción, oveten-se.

Es claro que el entorno condiciona. Y resulta ocioso esclarecer lo que está al alcance del entendimiento más elemental.

El ambiente brumoso, el paisaje verde, envolvente, predisponen al idealismo y al ensueño, del mismo modo que el horizonte abierto de Andalucía inclina a la gracia y a la manifestación temperamental.

Jovellanos en Inglaterra hubiera desarrollado sus dones peregrinos al igual que Dickens en Asturias. El ingenio, la sátira, la ironía que configuran el humor del país de Gales son de naturaleza afín con el temperamento astur.

Queden así, muy someramente apuntadas algunas de las particularidades que estimulan en su iniciación al ejercicio intelectual, sin que echemos en olvido el peso de la tradición literaria.

El norte de España, desde Galicia a Guipúzcoa puede blasonar de haber sido cuna de ingenios de calidad exquisita, en gran medida y superioridad con respecto al resto de España. "En Oviedo--escribió Azorín, en 1905, cuando estuvo invitado por Pérez de Ayala--hay una preocupación por las cosas espirituales que es raro encontrar en otras ciudades españolas. Parece que durante largos años, en torno al maestro - Clarín, se ha ido formando un círculo invisible, bienhechor, que ha abarcado poco a poco gentes y más gentes, y ha acabado por cubrir con sus radiaciones la ciudad toda".

Pero antes, mucho antes que Clarín, Pérez de Ayala y -- otros ingenios dieran entidad literaria a nuestra ciudad, ya en el siglo XVIII se señalaba a Oviedo como uno de los escasos islotes que emergían del mar de la ignorancia nacional. "En él, dice Marañón, se había refugiado una semilla humilde de amor a la ciencia y de buen sentido experimental que más adelante había de florecer por el país entero. Este refugio

provinciano de sabiduría era el núcleo que rodeaba al padre Feijóo, en su convento de San Vicente".

Tal fue el ambiente, saturado de curiosidad intelectual, en que hemos nacido todos nosotros. Ni el tiempo que pasa, ni las guerras devastadoras, han logrado borrar esa huella - profunda, en todos los estratos de nuestra ciudad. Una mañana de aquella primavera de 1905 en casa de Pérez de Ayala, Azorín pidió la más antigua de las novelas de Leopoldo Alas y una criada le dijo: "Yo también tengo "La Regenta".

Por los años 40, en circunstancias difíciles, leímos nosotros por primera vez la gran novela de Lopoldo Alas. A primera hora de la mañana, durante los meses de vacaciones veraniegas, acudíamos al claustro de la Catedral y allí más que leer de corrido, nos entregábamos a la inhalación de aquel ambiente creado por Clarín. Todavía perdura en nuestra memoria el tintineo de los martillos de los canteros que labraban bloques de piedra para la reconstrucción de la torre de la - Catedral. De vez en vez se aproximaba a nuestro banco aquel ovetense admirable y gran escultor que fue Víctor Hevia, que a la sazón se ocupaba en restaurar la Cámara Santa. Le recuerdo muy bien: el cráneo como de alabastro; los ojos diminutos, vivaces, inteligentes; la corbata negra de lazo y el

cuerpecillo parvo, cubierto por un amplio guardapolvo. Complacíale probablemente mi afán de lectura y sin retirar de la boca la ramita de boj con que jugaba entre los dientes, iba de continuo y como por diversión, identificando a los personajes de "La Regenta", a algunos de los cuales había conocido siendo niño.

En aquellos años el fuego de la vocación literaria se -- propagaba por todos los rincones de mi espíritu juvenil, más aún cuando ya empezaban a soplar los vientos tempestuosos de arbitrarias incomprensiones circundantes. Entonces, nos refugiábamos en la amistad de algunos ovetenses ejemplares e inolvidables que aún salvando la diferencia de edad me hacían el honor de acogerme generosamente. Quiero mencionar a algunos: don Paulino Vigón, el doctor don Plácido Alvarez-Buylla, don José Serrano, don Rafael Sarandeses, don Carlos Canella, don Francisco Sousa, don Alfonso Muñoz de Diego, don Indalecio Corugedo, todos ellos amigos desaparecidos cuyos nombres están tan cerca de mi corazón.

Desde este rincón de Oviedo establecí entonces contactos epistolares con algunos escritores de la Generación del 98. Madrid, sin que se hubiese producido todavía ese acercamiento mágico de la televisión y de los modernos trenes, estaba casi

tan lejos de nuestra ciudad como en tiempos de Clarín. Pero el deseo de ver de cerca a los grandes maestros, de entrar - en la Biblioteca Nacional y al "cielo abierto" del Museo del Prado, animaron mi expedición.

Veinte años después, realizado plenamente aquel anhelo juvenil y de vuelta ya de algunos caminos, quiero deciros esta noche que me complace el haber cumplido el encargo del Banco Herrero, porque me devuelve otra vez, profesionalmente, al regazo astur.

Esta ocasión va a ser pretexto, muy gozoso para mí, de recordar aquí a don Ignacio Herrero de Collantes, marqués de - Aledo, de quien puede decirse que la sencillez y la bondad, que en él eran innatas, sobresalían por encima de su importante personalidad como financiero. Le recuerdo muy bien en su palacete madrileño de la calle de Lista, entre Velázquez y La gasca. Habíamos terminado de almorzar, cuando nos condujo a su despacho para mostrarnos en un estereoscopio vistas de Rusia, donde estuvo con su hijo en los años 30. Aquellas fotografías--guardaba en su archivo varios millares--habían sido tomadas por él. Y esta afición le llevaría a realizar una - gran obra bibliográfica, en una época en que no eran todavía frecuentes las ediciones de libros de arte, que los modernos

procedimientos han hecho ahora posibles. El marqués de Aledo editó a expensas suyas cuatro libros monográficos sobre la -- parte artística de ciudades españolas: Santillana del Mar (1929), Sevilla (1932), Salamanca (1944), y Avila. Encargó los textos a Ricardo León, Escagedo Salmón, Collantes Terán, Eloy Bullón y alguna introducción como la de Salamanca, se debe a su pluma. Marañón pergeñó la del volumen dedicado a Avila y Aledo la descripción histórica. Todos los textos eran publicados, en castellano, francés e inglés, con magníficas fotografías de las -- que era autor el marqués de Aledo.

Aquella labor desarrollada durante los años 20 hasta los 40, constituyó una valiosa propaganda para nuestro turismo, -- cuando éste no estaba asistido por la protección oficial.

Publicó además el marqués de Aledo varias obras históricas de evidente interés, como por ejemplo los cuatro volúmenes de la Colección de Asturias de Jovellanos. Tras la guerra habían desaparecido la mayoría de los archivos parroquiales y como no quedaran más que las copias realizadas por Jovellanos, Aledo -- decidió reunir éstas en dos volúmenes donde, además, se publicaron los documentos de la fundación de iglesias.

También se le deben trabajos históricos como "Una ojeada --

sobre Asturias", "Documentos sobre la guerra de Africa de 1860", "Evocación asturiana de Carlos V" y otros. Tradujo y escribió una introducción a un libro anónimo francés sobre un tema histórico de mediados del siglo XIX.

Sus amigos el duque de Alba, el doctor Mara^ñón, don Antonio Ballesteros y Menéndez Pidal promovieron la candidatura del marqués de Aledo para su ingreso en la Real Academia de la Historia. El discurso versó sobre los "Viajes Oficiales por España de Isabel II". Le contestó Mara^ñón, en nombre de la Corporación y de sus palabras quiero subrayar sólo éstas: "La idea del profesional, sordo a la voz de las musas del Arte o de la Historia, ha pasado ya. Las musas no viven ahí encerradas en el monte -- inaccesible, sino que recorren el mundo y aparecen en todas partes, incluso entre el trepidar de la fábrica o el trajín de las oficinas. En el alma del hombre hay sitio para todo; y todo, -- cuando el alma es noble, adquiere la misma egregia categoría. El símbolo se repite felizmente en nuestro nuevo compañero, que sabe escaparse del mundo de las cifras para llevarnos de nuevo por las sendas que antes hollaban tan sólo los poetas en el -- país brumoso del romanticismo".

Algunas tardes hemos acompañado al marqués de Aledo en su peregrinaje por las librerías de viejo donde era muy apreciado,

no sólo como cliente, sino por su exquisito trato con los libre
ros.

Los libros antiguos y los viajes habían sido sus grandes pasiones. Antes de que los cruceros estuviesen de moda y de que fuesen posibles las grandes travesías aéreas, el marqués de Aledo visitó Estonia, Lituania, Polonia y otros países le
janos para las posibilidades de transporte en los años anteriores a la guerra.

Aunque su gran personalidad como financiero le obligaba a vivir en Madrid--era Presidente del Banco Hispano America
no, de la Tabacalera, de la Unión Española de Explosivos y Consejero del Banco de España--su pensamiento estaba siempre en Oviedo. En cierta ocasión en que nos hablaba de la calle de Campomanes, 26, donde había nacido, le respondimos: "Allí vivió Ramón Pérez de Ayala". Al pronto, advertimos que se quedaba pensativo; luego nos recomendó: "Alguna tarde que va
ya usted a verle, sea tan amable de decirle con cuánto gusto le visitaría. No nos hemos visto desde Argentina, con ocasión de un viaje que hice, enviado por el Gobierno español para gestionar la compra de trigo".

Cumplí puntualmente el encargo y algún tiempo después su

pe por el propio Ayala que Aledo y él habían pasado una tarde juntos, entretenidos en realizar un itinerario imaginario por las calles de Oviedo que ambos habían conocido en su época de estudiantes. Al final se produjo este diálogo patético y, a un tiempo, henchido de generosidad:

--Vuelva usted a Oviedo, querido Ayala.

--No he pensado siquiera en ello. Además, apenas deben quedarme dos o tres amigos de mi época... Ya no tengo casa, la que en otro tiempo fuera de mis padres...

--No importa, querido Ramón, no importa. Le ruego que acepte usted el ofrecimiento de la mía. Este verano me voy a hacer la cura de agua a Dax, en Francia, y usted puede ocupar la casa de Oviedo con su familia. Tendrá el servicio necesario y un automóvil para que realice, si le apetece, excursiones por Asturias. Acudirán a verle todos los días los amigos, que no son tres, sino muchos más. Vuelva usted a Oviedo, querido Ayala...

Me consta que ambos habían trazado aquella tarde proyectos que no pudieron realizar porque la muerte, a los dos, les salió al camino.

La generosidad de don Ignacio Herrero de Collantes tiene en su hijo y en su nieto continuadores acérrimos y eficaces.

Este V volumen de la Colección "Pintores Asturianos" es una muestra más de su amor a las cosas y a los valores de Asturias.

El que me tocase en suerte escribir sobre Francisco Casariego y Joaquín Vaquero ha sido pretexto para realizar unas jornadas por laderas, montañas y caminos bordeados de eucaliptos. Ciertamente que muchos paisajes me eran ya conocidos y que al contemplar por vez primera otros no he podido reprimir exclamaciones de gozo o asombro. Además, la vida ejemplar de Casariego y su caballerosa compostura, se hallan implícitas en esa obra que nos ha dejado, realizada con honradez e inspiración notoria. Cada una de sus telas corresponde a un instante de Asturias, en su luz, en su meteorología --"para pintar Asturias, dijo, es preciso encontrarse dentro de su humedad"--y es, a su vez, una tarde^{de} la vida de -- Francisco Casariego.

Pintó sin querer salir de Asturias y esta renuncia al mundo exterior se originaba en el afán de perfeccionar aquí su técnica de modo que gracias a ella le fuera posible interpretar este difuso paisaje nuestro, donde la luz cambiante transforma súbitamente todas las perspectivas.

De la mano de Joaquín Vaquero hube de emprender un lar-

go periplo por el ancho mundo. La suya es una vida-río, caudalosa en episodios que no le han impedido nunca pintar lienzos de gran tamaño o de pequeño formato, murales, centrales eléctricas, ilustrar el Quijote, realizar decorados teatrales, restaurar monumentos artísticos, celebrar exposiciones de su obra de Norte a Sur y de Este a Oeste de Europa y América, pasar las Navidades en Malta, como el año pasado y tomar el tren en Madrid para acudir a la consulta de un dentista en Zaragoza.

He aquí como Joaquín Vaquero viene a demostrarnos que si la avidez de crear es poderosa y tenaz hay hombres como él - que pueden vencerla desde el momento mismo en que late en -- ellos. Privilegio de los grandes artistas que viven en perpetua ebullición creadora y desconocen la existencia vegetativa de los arbitristas, teorizantes y hombres ociosos que se dedican a criticarlos antes que a realizar su obra propia.

Finalmente, mi gratitud por este retorno profesional a Oviedo, con una perspectiva de veinte años que nos ha permitido superar momentos de pasión, que en definitiva son los - que ponen en la amistad y en el respeto un vivo y perdurable temblor.